

Bar Mitzvah – Bat Mitzvah

La importancia de tener 12 o 13 años en la cultura hebrea

Hoy oraremos por Matias, hijo de Diego Blanco y Patricia Molina y tomamos este momento como oportunidad para analizar un tema educativo a la luz de la Palabra de Dios.

Aunque la bendición de niños o, como también se llama, la dedicación de niños, no es un sacramento instalado por Jesús, como lo son el Bautismo en agua y la Santa Cena, vemos en los evangelios que Jesús bendijo a los niños, cuando madres los trajeron a Él. Nunca los marginaba, nunca los despreciaba, tampoco se sentía interrumpido por ellos. Y, cuando sus discípulos querían impedir que las madres se acerquen, Jesús los reprendía diciendo: “Dejad a los niños venir a mí”. Entendemos entonces la importancia que niños tienen en el Reino de Dios.

Introducción

Dentro de los diferentes ritos que la cultura judía conoce, existe hasta hoy día entre judíos conservadores la ceremonia de Bar Mitzvah para niños y de Bat Mitzvah para niñas. Literalmente significan estas palabras “hijo de los mandamientos”, respectivamente “hija de los mandamientos”. Se celebra con niños de 13 años y con niñas de 12 años de edad. Después de esta ceremonia el niño es considerado un varón joven y la niña una mujer joven y se caracterizan por

- Ser moralmente responsable de los propios actos frente a Dios, frente a sí mismo y frente a la comunidad
- Ser elegible para ser llamado a leer la Toráh y participar en una Minyan = reunión de culto de al menos 10 personas (aunque en comunidades ortodoxas sólo les está permitido a los varones leer la Toráh).
- Todo lo que posean es de su propiedad.
- Ser elegible para contraer matrimonio según la ley judía.
- Ser responsables del cumplimiento de los 613 mandamientos de la Toráh.
- Ponerse los Tefilin (solo los varones)



Aunque el rito, con todos los detalles tal como hasta hoy existe, recién se organizó en la edad media, se practicaba la esencia del rito desde la antigüedad. Así que siempre se entendió que el niño pasa a ser un varón joven y responsable ante Dios y la comunidad con 13 años y la niña pasa a ser considerada una mujer joven con las mismas responsabilidades a los 12 años de edad.

En la Bar Mitzvah decía el padre a su hijo:

“Gracias a Jehovah que me ha librado del castigo de este niño”, dejando así claro que ahora se veía librado de la responsabilidad de velar por su hijo, y que pasaba a ser el acompañante a

este varón joven que, a partir de la fecha, tomaría sus propias decisiones y seguiría el bien que había aprendido de su padre y de otras personas de su entorno.

Con este conocimiento cultural analizaremos dos historias bíblicas muy conocidas que nos ilustran como se entendió la meta de la educación en la cultura judía.

1 Samuel 16:1-13 (especialmente 11-13) y 17:32-36^a (especialmente 34-36^a): El niño matador de leones y osos

Si solo leemos 1 Samuel 16:11-13 podríamos pensar que Isaí era un padre irresponsable que se olvidó de su último hijo. Considerando 1 Samuel 17:34-36^a cambia la interpretación. Isaí no era un padre irresponsable, sino uno, que confiaba plenamente en su hijo (niño) de nombre David, entendiendo que se ocupaba muy responsablemente de sus rebaños. En realidad, David, joven varón de 14 o 15 años de edad, pudo decir al rey Saúl: "Yo he sido pastor de ovejas, hablando de su infancia de 8, 9, 10 años de edad, aclarando algo increíble: "Si era león u oso que quiso llevar a un de las ovejas de mi padre, yo los mataba y rescataba mis ovejas". Aquí vemos un niño valiente, seguro de sí mismo, responsable y hábil en sus tareas. David, siendo el menor, no era un niño engraido, que no supo defenderse en la vida, y que vivía colgado de la túnica de mamá o papá, sino un ciudadano responsable y valiente; y eso en la edad de niño.

Su padre le confiaba una parte grande del sustento de la familia, su rebaño de ovejas. Isaí confiaba tanto que en el momento de la visita inesperada de Samuel que era media misteriosa, porque Samuel no explicaba la razón de su visita, no pensó en su hijo menor; no por haberse olvidado de este en sentido de un abandono, sino por la tanta confianza que le tenía.

Lucas 2: 41-52 (especialmente 46-48): El niño/varón joven de 12 o 13 años de edad, concedor de la Palabra de Dios, que no tuvo que caminar con sus padres en la multitud de peregrinos.

Una multitud de peregrinos iba de Jerusalén hacía el norte, a sus pueblos de Galilea. Lo usual era que los peregrinos de la misma zona se juntaron para viajar; así estaban más preparados para defenderse de peligros y ayudarse con los niños pequeños y a los ancianos que iban con ellos. En medio de esta multitud caminaba una pareja, José y María, queriendo llegar a Nazaret, a su casa, después de la experiencia de la fiesta solemne en Jerusalén.

No se preocuparon de su hijo mayor de 12 o 13 años; sabían que era responsable, digno de su confianza y que seguramente caminaba con otros vecinos.

Recién después de un día de caminata se dieron cuenta que no estaba con ellos.

Regresando a Jerusalén lo buscaron en todas las calles y casas de conocidos, y lo encontraron recién al tercer día en el templo, donde estaba sentado entre los doctores de la ley escuchándolos y preguntándolos. El mismo hecho que este varón joven fue aceptado entre los doctores de la ley muestra que ya había pasado su Bar Mitzvah.

Un jovencito de 13 años que conoció tanto las escrituras para poder entender la argumentación de los doctores de la ley, hacerle preguntas y mostrar su conocimiento asombroso.

José y María habían educado a su hijo en la palabra; confiaron en él, dejándolo caminar con otros peregrinos y no amarándolo a su lado.

Este joven varón ya sabía diferenciar el bien y el mal, explicar las escrituras y comportarse responsablemente. Era valiente, no temía la ciudad, a pesar de proceder de un pueblito rural y de ser de descendencia pobre.

Cuidado en pensar: "Pero era el Hijo de Dios; por eso fue posible lo que hizo". Ciertamente Jesús fue el Hijo de Dios, pero en su tiempo terrenal era persona como todos nosotros, con la diferencia de nunca haber pecado y de no haber tenido naturaleza pecaminosa. Sin embargo, no usó su divinidad para hacer sus milagros, tampoco para hacerles preguntas difíciles a los doctores de la ley, sino lo hizo como persona natural, lleno de la sabiduría de Dios y del conocimiento de la palabra de su Padre. Este conocimiento no le había caído gratis del cielo; lo tenía que adquirir en

la escuela en la sinagoga, aprendiendo a leer y escribir un idioma difícil, el hebreo, sabiendo leerlo fluido y conocerlo profundamente. Solo un joven así pasó las pruebas de la Bar Mitzvah.

Sus padres preveían esta formación en la sinagoga y la completaron en casa y fueron los ejemplos a seguir en la práctica. Sabían que habían puesto bases firmes en su hijo. Que estaban preocupados al no encontrarlo en tres días de búsqueda no significa que no estaban seguros de lo que habían formado en él; solo no esperaron un fruto tal, como el que luego veían.

La meta de la educación judía nos desafía hoy en la cultura andina seriamente.

La meta de la educación judía era formar a varones jóvenes y mujeres jóvenes muy responsables, valientes y seguros de sí mismo y eso desde muy temprana edad. Eso demandaba que los padres les enseñen desde tierna edad la Palabra de Dios, que ellos sean los ejemplos a seguir y que confíen en sus hijos, dándoles espacios para aprender y desarrollar sus capacidades tanto bíblicas, como sociales o académicas.

Hay un campo donde se ve el fruto de esta educación de manera extraordinaria: El 25% (en medicina es el 29%) de todos los premios NOBEL han sido entregado a personas judías. Eso, a pesar de ser una nación no numerosa.

La meta de la educación judía es clara: Educar para que jóvenes varones de 13 y jóvenes mujeres desde los 12 años de edad en adelante sean miembros responsables de la sociedad, seguros de sí mismos, capaces de desarrollar sus capacidades, pensando en su propio futuro y en el de la sociedad y trabajando para el bien común.

Conclusiones

Hoy sabemos que engreimiento, sobreprotección y envolver en algodones a los niños y niñas produce a personas incapaces de enfrentar su vida, a persona inseguras, dependientes del juicio y del apoyo de otros, personas que dudan de sí mismas.

También se sabe hoy que con 12 o 13 años termina la posibilidad para educar a los hijos en forma directa. Ellos ya no aceptan dirección directa, mucho menos castigos o reglas duras en cuyo establecimiento no han participado: Con 12 años de edad termina la educación. Luego inicia la fase del acompañamiento, la fase de hacerles ver las consecuencias de sus planes o actos, pero sin prohibiciones, permitiendo así que experimenten las consecuencias de sus actos. Es la fase de animarlos, cuando se dan cuenta que tomaron una decisión equivocada y viven las consecuencias de esta misma, la fase de confiar que ya tienen las bases sólidas para que podrán encontrar su camino.

Para reflexionar, siendo padres:

- ¿Ha puesto usted en sus hijos las bases bíblicas firmes, para que tengan la medida para manejar su vida dentro de los preceptos de Dios?
- ¿Ha puesto usted las bases para poder analizar y evaluar críticamente lo que sucede en el entorno socio-cultural y encontrar soluciones viables que consideran a la comunidad sin dejar al lado las propias metas y aspiraciones?
- ¿Confía usted que sus hijos sepan aprovechar estas bases transmitidas?
- ¿Les ha dado usted, desde muy temprana edad, espacios para que desarrollen sus capacidades y las ejercen tomando sus propias decisiones? Por supuesto deben haber sido espacios adecuados a la edad, empezando con 2 a 3 años de edad.
- ¿Está usted soltando a sus hijos a la independencia o los está amarrando a su persona?

Para reflexionar si todavía no tiene hijos

- ¿Se preparó usted para la tarea de educar en el futuro a sus hijos?
- ¿Ha usted analizado si las reglas culturalmente establecidas realmente son bíblicas o, si tendría que alejarse de ciertas costumbres y usos para poder educar a sus hijos conforme a la palabra de Dios?

Si hasta ahora los ha envuelto en algodones, deje de hacerlo y empiece urgentemente con el camino hacia la meta de la independencia responsable de sus hijos. Si todavía tiene hijos pequeños, está tiempo para emprender este camino. Enséñales a amar a Dios y a obedecer sus preceptos. Enséñales ser un ciudadano responsable. Deles espacios para desarrollar sus capacidades, para participar en las decisiones familiares, para asumir responsabilidades adecuadas a la edad desde los 2 años en adelante y verá el fruto crecer. Y muy antes de que lleguen a la mayoría de edad podrá decir: Ahora sí, Dios me ha librado de estar detrás de ellos; ya saben caminar por si solos y usted entonces puede preguntar a Dios que nuevas tareas vendrán ahora, donde el espacio que necesitaba la formación de estos varones y mujeres jóvenes ha abarcado, queda librado para nuevas tareas.

Maja Dätwyler